

## El exilio español y la imagen de España en México\*

Inmaculada Cordero  
(Universidad de Sevilla)

Unos 20.000 españoles forman el contingente, llegado a México entre el final de la guerra civil y 1942, que protagoniza el exilio más singular de la historia contemporánea de un país acostumbrado a los mismos. Lo hacen especial: el número de sus miembros, la variedad política, regional, y profesional de sus integrantes, el carácter de enfrentamiento definitivo entre dos formas de entender España que otorgaron a la guerra civil, y su amplitud en el tiempo, algo que lo convierte en definitivo al provocar la desaparición de la España a la que el exiliado pretendía obsesivamente retornar una vez muerto el Dictador. También lo hacen único la calidad intelectual de sus miembros y es que, aunque ciertamente se ha mitificado ese extremo, aquella fue la imagen que se creó. Llegaron, en el caso de México, en el momento justo, cuando Cárdenas estaba intentando dar forma a una cultura progresista de izquierda, y lo hicieron en posesión de los últimos avances europeos. Eso les permitió convertirse en alma mater de la vida cultural y científica del país en los años posteriores. Finalmente, llegaban a América. Por primera vez desde la conquista se producía una llegada de españoles en masa, ¿una segunda conquista, pacífica pero conquista al fin? Mejor una segunda fusión, menos traumática que la primera. Ayudados por el propio Estado mexicano y por las organizaciones creadas con ese fin, se instalaron, provisionalmente en principio, pero, casi sin quererlo, fueron creando raíces, hasta que llegó el momento en que comenzaron a sentirse tan españoles como mexicanos; algunos ni españoles ni mexicanos.

Transterrados o desterrados, ambos son receptores y a la par creadores de la imagen de España en México.

En primer lugar esa imagen determina la presencia misma del exilio en México, ya que fueron las especiales relaciones entre el México postrevolucionario de Lázaro Cárdenas y la República Española las que les permitieron encontrar asilo en aquel país. De igual manera, la imagen precedente explica el recibimiento de que fueron objeto y la posibilidad de adaptación. Es precisamente esa dificultad para asimilarse en un medio hostil, en el que prevalecía un nacionalismo indigenista que tenía en la herencia española su principal enemigo, lo que explica el interés del grupo en divulgar una imagen nueva de España. Eso, y el compromiso que conservan con su patria de origen. Como un emigrante económico cualquiera, el exiliado entiende como un deber la defensa de la imagen de España en el país que le acoge. Sobre todo si, como en el caso de México, esa visión era básicamente negativa. La tarea de modificar la imagen de España en México responde, pues, a una maniobra de adaptación al medio, pero también a un sentimiento nacionalista o españolista que se hace presente en el destierro, incluso entre los más escépticos en la Península; por supuesto liberal y diametralmente opuesto al españolismo de Franco, pero nacionalismo al fin.

Pero, además, la mejora de la imagen de España y una sustancial mejora de las relaciones entre España y sus antiguas colonias constituye uno de los objetivos del destie-

ro. El ingreso de España en la ONU y el apoyo de EEUU hicieron evidente, unos se darían cuenta antes y otros más tarde, el fracaso político de un exilio que había empeñado todas sus fuerzas en la batalla diplomática exterior, confiados en que fueran las potencias occidentales quienes acabasen con el resquicio del fascismo internacional que permanecía en España. Decepcionado, el exilio comienza a integrarse en México, a sentirse transterrado y no desterrado, a confiar en la baza cultural y a pensar que aquel fracaso podía paliarse con el éxito de la fusión de lo español y lo americano en la cultura hispanomexicana a la que el transtierro daba forma. En la medida en que consiguiesen transformar la imagen de España en México, hacer aceptable un concepto de Hispanidad distinto al franquista y facilitar el reencuentro entre los dos países, el exilio habría tenido algún sentido; de no ser así habría fracasado definitivamente. El problema es que, aunque lo consiguiesen, y estoy segura de que fue así, se trataba de la fusión entre México y una España que ya no existía más que cristalizada, idealizada, congelada en el destierro y que tenía poco que ver con la que evolucionaba en la Península.

Veamos, pues, cómo fueron las relaciones entre España y México en aquellos años; qué imagen se tenía de España a la llegada de los refugiados; cómo se propusieron modificarla; y el mito y la realidad que rodearon al término *transtierro*; para valorar, finalmente, hasta qué punto el intento de divulgar una imagen distinta de España tuvo éxito en aquel país.

### La Segunda República española y México

Alberto J. Pani, primer embajador de México en España, en su discurso ante Alcalá Zamora con motivo de la entrega de sus credenciales, explicó que "en México se relacionaba como un mismo proceso las luchas por la independencia de las que después serían Repúblicas latinoamericanas y el advenimiento de la II República española como una evolución que se había realizado desde la periferia al centro". De esa manera, España era la última de las colonias en independizarse de la "España eterna". El México postrevolucionario se identificaba con esa España nueva que, una vez abandonadas sus pretensiones hegemónicas, aparecía como una hermana empeñada en la misma transformación que ellos. El propio Cárdenas afirmaba:

"El pueblo progresista de México recibió con regocijo el resultado del plebiscito que expresó la voluntad española de instaurar la República como forma de gobierno. Aplaudió la elevación de los ideales de la democracia y justicia social a normas constitucionales, identificó desde ese momento su destino histórico con el triunfo y consolidación de la República española. Esta adhesión fue consecuencia de las más caras tradiciones de los mexicanos"<sup>2</sup>.

La República iba a utilizar ese paralelismo, que los mexicanos reconocían, para recuperar el protagonismo de España en aquel país. No se trataba tanto de recuperar influencia económica o política, como de mejorar la imagen de España y renovar el lazo cultural. La mejor baza con la que contó para hacerlo fue el temor con que las autoridades mexicanas observaban la creciente influencia económico-política de su vecino del norte.

<sup>1</sup> DEL PANDO, Concha, "México-España: las relaciones económicas de dos países periféricos, 1931-36", Murcia, *Areas*, nº. 7, 1986, p. 72.

<sup>2</sup> "Las Relaciones con España: República y guerra civil", *El Nacional*, 28-3-1977, p. 7.

En mayo de 1931 se había dado un paso fundamental en la normalización de las relaciones bilaterales al elevar las legaciones de los dos países a rango de embajadas<sup>3</sup>. Por lo que a la República Española respecta, inaugura la etapa que se inicia el 19 de mayo de 1931 Julio Álvarez del Vayo. Él simboliza mejor que nadie esa política de acercamiento al país que sería el buque insignia del nuevo hispanoamericanismo que la República intentaba promocionar. México, tradicionalmente el país más reticente de América Latina hacia los planteamientos ideológicos de la política exterior española hacia el área, se iba a convertir en su principal aliado en América. Dos asuntos constituyeron el eje de la política de Álvarez del Vayo: resolver el problema de las indemnizaciones y evitar el acercamiento de México a EEUU. La actitud del embajador declarando la expresa renuncia por parte de España a inmiscuirse en el tema de las indemnizaciones, por considerarlo asunto de los tribunales mexicanos; los crecientes intercambios comerciales y culturales; y las facilidades dadas por el gobierno mexicano a los españoles allí afincados para el trabajo, después de que la Ley Federal del trabajo impusiese duras condiciones a los inmigrantes, mejoraron considerablemente las relaciones entre México y España<sup>4</sup>. La amistad de Álvarez del Vayo con Calles y sus visitas a las provincias para observar la imagen de España y los apoyos con los que contaba para recuperar el prestigio lo convirtieron en el mejor representante en México de la nueva España republicana<sup>5</sup>. Su alejamiento del hispanismo conservador favoreció el clima de entendimiento que se fortaleció por la postura mantenida por España en la Sociedad de Naciones respecto al ingreso de México y las gestiones, llevadas a cabo por el embajador, a favor del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Perú y México en 1933. Entre los aspectos que fomentaron el nuevo entendimiento se encontraban, también, decisiones jurídicas como el artículo 27 de la Constitución de 1931 en su disponibilidad a aceptar la noble nacionalidad para los hispanoamericanos, brasileños y portugueses que radicasen en España y lo solicitasen.

En ese ambiente cordial que responde a una clara afinidad ideológica, se dan contactos culturales y sociales tan masivos como la expedición del Cuatrovientos<sup>6</sup>. Pero

---

<sup>3</sup> Se había intentado durante el gobierno de Alfonso XIII, siendo presidente de México Venustiano Carranza, sin que se hubiese llegado a un acuerdo. El motivo de disputa seguían siendo las reclamaciones por los daños sufridos por los españoles durante la Revolución. El 25 de noviembre de 1925 se firma la convención que creaba una comisión mixta de reclamaciones entre los dos países. Esa comisión prolongará sus trabajos varios años. En el primer momento se establecen tres años y medio de funcionamiento. En 1930 se proroga su vigencia por 18 meses. Una vez proclamada la República, con Álvarez del Vayo ya como embajador, se da un último plazo a la comisión para realizar sus trabajos hasta 6 de enero de 1933. Estos fueron lentos, puesto que se presentaron 1232 reclamaciones y cada una de ellas debía ser analizada pormenorizadamente. El monto de las mismas era en 1930 de 182.951.166 pesos mexicanos. Tras el último plazo las dos Repúblicas llegaron a un acuerdo por el que España aceptaba reducir el monto reclamado hasta 4.500.000 pesos mexicanos. "Reclamaciones entre España y México, Funcionamiento de la Comisión Interministerial. Informe sobre sus actividades y razones de la demora de su funcionamiento", Archivo de la SRE de México, 33-18-80, Exp. VI.46/242 (46:72) (04)/30.

<sup>4</sup> La Ley del Trabajo de 1931 limitaba a un 10% el número de trabajadores extranjeros en las empresas mexicanas. Las autoridades decidieron, gracias a la intermediación de Álvarez del Vayo y Calles, hacer excepciones en el caso español.

<sup>5</sup> En 1933 Álvarez del Vayo dejó su cargo. Lerroux nombra embajador a Domingo Barnés Salinas, quien permanece un año en el cargo hasta dimitir en octubre de 1934 como protesta por los sucesos de Asturias. Le sustituyen primero Emiliano Iglesias quien, nombrado en marzo de 1935, no llega a México hasta septiembre y en diciembre abandona el cargo, y en abril de 1936 Gordón Ordás

<sup>6</sup> Queda como reflejo del estado en que se encontraban las relaciones entre España y México en esta etapa las declaraciones del general Abelardo Rodríguez en su informe ante el Congreso mexicano el 1 de septiembre de

más interesante resulta la evidente preocupación del gobierno republicano por la imagen de España en México, analizada por Concha del Pando en su tesis doctoral sobre la colonia española en aquel país en los años treinta y cuarenta<sup>7</sup>.

La embajada se esforzó en vigilar esa hispanofobia y fomentar la hispanofilia entre los intelectuales y algo consiguió, todo era válido para conseguir el anhelado acercamiento cultural entre sus proyectos se encuentran: un acuerdo publicado en el diario oficial 30-11-1933 sobre exhibición de cintas denigratorias o difamantes; la divulgación del libro español que llegaban en partidas con destino a sociedades o instituciones que lo solicitaban; el proyecto, auspiciado por Rafael Altamira, de crear un museo de Indias en la Ciudad Universitaria de Madrid con donaciones del gobierno mexicano; la creación de una Cátedra de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de UNAM, en 1936 se dotó y se cubrió con un español Rafael Sánchez Ocaña hasta el estallido de la contienda; los intercambios de planes de educación militar y de segunda enseñanza y revistas de medicina; la creación de becas para estudiantes mexicanos en España, con tanto éxito que se necesitó un convenio de convalidaciones. En México se admiraba la labor cultural de las instituciones de estudios superiores españolas. En España, por su parte, crecía el interés por América que se observaba en los viajes de intelectuales, mexicanos sobre todo, para dictar conferencias en la Península.

Concha Pando describe así la política común de los gobiernos de la República hacia América latina:

“era prioritario suprimir todo lo referente a la conquista y a la colonia porque sobre ellas se basaban una serie de discrepancias insalvables en las relaciones. De esa manera se iría destruyendo la leyenda negra sobre España y en ellos debía jugar un papel importante los españoles que formaban parte de la colonia. Por otro lado, era fundamental ocupar el espacio predominante que podía reportar la hegemonía cultural frente a la preponderancia económica de EEUU. Además las consecuencias de estas relaciones podían dar frutos positivos en los campos político y económico. México por su parte pretendía acabar con su imagen de radicalismo”.

---

1933 con motivo del incidente del Cuatrovientos: "Quiero señalar de manera especialísima la forma calurosa y elocuente con que el pueblo y el gobierno de España correspondieron al esfuerzo de México para hacer menos dolorosa y aflictiva la trágica desaparición de los gloriosos aviadores Barberán y Collar. Verdaderamente lamentable el caso ha permitido sin embargo, exhibir ostensiblemente el poderoso y vibrante vínculo que une a los pueblos y gobernantes de ambas repúblicas", en "Las relaciones con España", *El Nacional*, 28 de marzo de 1977 p. 7.

<sup>7</sup> La embajada se preocupó especialmente por la interpretación sobre la conquista que se hacía en los frescos de Diego Rivera (considerado pintor oficial PNR) en Cuernavaca, descritas así por un funcionario del Ministerio de Estado: "representa símbolos de lo español en el soldado que viola mujeres, el hidalgo que con el látigo hace trabajar a los indios como esclavos, y al fraile de uñas largas y perfil de ave de rapiña que se apodera vorazmente de diezmos y primicias". Lo peor era que habían sido encargados por el embajador de EEUU Dwight Morrow. Otro tema del que se preocupó fue del contenido de los textos escolares de la SEP. Las quejas del embajador Iglesias porque esos libros faltaban a la verdad y promovían un profundo antiespañolismo que respondía a un plan intencionado fueron constantes. He aquí ejemplos de los ejercicios de esos textos:

"Separa de esta expresiones las que correspondan para formar una lista: a)los españoles fomentaron la embriaguez entre los indios. b)abrieron caminos para facilitar las comunicaciones. c)fomentaron el robo entre los nativos. d)acapararon todas las fuentes de producción. e)los mantuvieron en la mas completa ignorancia. (las respuestas correctas eran la a,c,d.)". "Los españoles asesinaron en América durante 40 años a 15 millones de indios. Saca el promedio por años".

DEL PANDO, Concha, *La colonia española en México, 1930-40*, Murcia, Universidad, 1994, pp. 56-62.

<sup>8</sup> Ib. p. 62.

Ciertamente resultaba evidente un nuevo talante por ambas partes. El exilio recibe y agiganta esta herencia.

La actitud de México durante la guerra civil resulta heredera de aquel entendimiento. Aunque en los primeros momentos de confusión la actitud mexicana fue reticente, concluido el verano de 1936 México pasó a convertirse en el adalid de la lucha diplomática de la República española en los foros internacionales. Ese apoyo corría parejo a los contactos para el traslado de refugiados españoles a México, iniciados por Juan Simeón Vidarte en nombre de Negrín. El dos de abril de 1939 la Secretaría de Gobierno mexicana, a través de un comunicado, se muestra dispuesta a recibir a los refugiados.<sup>9</sup> Los primeros barcos llevaron a México 5.000 españoles antes de que estallase la Guerra Mundial. Antes de rendirse Francia salieron dos barcos y otros dos durante el régimen de Vichy. La diplomacia mexicana, por encargo de su presidente, llevó a cabo contactos con Petain y sus representantes para mantener el flujo de salida de los refugiados. La denominada Comisión francomexicana se ocupó desde julio de 1940 de estudiar ese asunto. Como resultado de sus trabajos se firmó, en agosto de ese año, un convenio internacional que las autoridades francesas consultaron con Berlín y Madrid, por el que se regulaba la salida del exilio español hacia México, quien se comprometía a aceptar a todos los miembros de aquel residentes en Francia y sus posesiones que declarasen su deseo de ir a aquel país<sup>10</sup>.

Desde aquellos momentos, y hasta marzo de 1977 en que México restablece relaciones diplomáticas con la España monárquica, la actitud oficial permanece inamovible reconociendo al gobierno en el exilio como único y legítimo representante de España.

La adopción de esa postura pero, sobre todo, su persistencia en el tiempo, constituyen uno de los asuntos más polémicos de la historia diplomática contemporánea de México. No cabe duda de que en la actitud de Cárdenas pesaron las magníficas relaciones que, por primera vez desde la independencia, mantenían los dos países.

En 1939 el diario oficial afirmaba que México se identificaba plenamente con una República que sólo duró ocho años, pero en los cuales se había verificado un acercamiento entre los dos países como nunca antes. Hasta entonces, el pueblo mexicano no podía olvidar siglos de coloniaje, no entendía la diferencia entre la España de la conquista y la actual. Sin embargo, "la agresión a la España popular republicana por parte de los genuinos representantes de la España colonial, realizó el milagro"<sup>11</sup>. Hizo surgir un

---

<sup>9</sup> Ante una opinión pública poco favorable, Gobernación y la Secretaría de Relaciones Exteriores se comprometen a no admitir más de 10.000 españoles, a la par que se establecía una selección de acuerdo con los siguientes parámetros: nacionalidad española, con lo que se evitaba la llegada de brigadistas; buen estado de salud; origen preferente de las regiones del norte, por su dedicación a las actividades primarias lo que constituía la primera de las condiciones explicitadas. Se intentaba así evitar la competencia con los trabajadores mexicanos situando a los recién llegados en las tierras baldías del país, a la par que se obligaba, como condición última, a que dispusiesen de ingresos suficientes para instalarse. El incumplimiento de esas condiciones hizo que el 20 de septiembre de 1939 se interrumpiesen los embarques; según declaraba la legación de México en París, por los problemas internos provocados en el país por el incumplimiento de la promesa hecha por el gobierno de la nula competencia entre los trabajadores españoles y mexicanos y de dispersar los contingentes humanos llegados por el agro mexicano.

<sup>10</sup> Para las conversaciones entre Juan Simeón Vidarte y Lázaro Cárdenas, entre el representante de México, Luis Iglesias Rodríguez y el mariscal Petain en 1940, los trabajos de la Comisión Francomexicana y el convenio resultante, es útil el artículo de MALDONADO, Víctor Alfonso "Vías políticas y diplomáticas del exilio", *El exilio español en México 1939-82*, México, FCE, 1983, pp. 25-53.

<sup>11</sup> MENDOZA, Moisés, "Notas sobre la República española, III", *El Nacional*, 20-4-1939, p. 4.

profundo sentimiento de solidaridad con el pueblo español. Según *El Nacional*, hasta la guerra el hispanismo mexicano era superficial, no tenía que ver con la realidad española sino con la de la Honorable Colonia concentrada en el Casino Español de la capital azteca. En 1939 el hispanismo mexicano era un hispanismo real, un sentimiento de hermandad profunda entre los pueblos cuya muestra más elocuente habría de ser la recepción de los republicanos exiliados.

Esa identificación de intereses y metas que implicaban la reconciliación con España en un marco de igualdad, provocaron la reacción de México ante lo que se veía como un retroceso. Sobre todo, porque de igual manera que éste se producía en España podía ocurrir en su país. Resulta lógica la ayuda prestada por Lázaro Cárdenas a un régimen con el cual mantenía lazos de identidad ideológica, como también lo era que aprovecharse el beneficio político que esa actitud pudiera proporcionarle<sup>12</sup>.

### La opinión pública mexicana y los refugiados

No obstante, a pesar de la mejora sustancial de las relaciones entre ambos países en la etapa republicana, la llegada de los refugiados españoles a México no resultó sencilla. Al margen de las relaciones entre los estados y de los intercambios intelectuales, el pueblo de México conservaba un acendrado rencor hacia España y los españoles aprendido en los libros de textos y corroborado en carne propia en su contacto diario con la colonia de emigrantes económicos asentada en su territorio.

Conviene no olvidar que el antiespañolismo ha sido tradicionalmente el principal instrumento de identificación histórico-cultural en México:

“Si oponerse es determinarse, la negación de lo español es en México la determinación de lo mexicano. Todas las otras oposiciones son derivadas o secundarias, y suponen siempre la originaria y radical negativa de lo español”<sup>13</sup>.

En la mayoría de los países el libro de texto tiene un carácter eminentemente político. A través de ellos, los de historia y civismo principalmente, se pretende crear ciudadanos fieles al Estado que los publica, formar una nacionalidad, crear un sentido de pertenencia y de lealtad hacia la comunidad de la que forman parte. Josefina Vázquez asegura que en el caso de México esa necesidad se veía agudizada porque, a diferencia del caso europeo, el Estado quedó configurado con anterioridad al surgimiento de la

<sup>12</sup> No cabe duda, después de consultar la prensa de la época, de que lo que ocurría en España tenía una utilidad interna y externa para el régimen mexicano. En lo externo, fue una magnífica campaña de imagen, por la oportunidad que le dio de darse protagonismo y mejorar la imagen externa del México revolucionario, sobre el que pesaba la idea de desorden y anarquía. España le dio la posibilidad de aparecer ante la opinión pública internacional como los defensores de la legitimidad y las causas justas, sobre todo teniendo en cuenta el efecto unificador que la guerra civil tuvo en la izquierda y el progresismo de la época. En lo interno, el tema español fue el campo de batalla en que el se libró una guerra ideológica entre la izquierda revolucionaria y el sinarquismo. España fue la forma de, sin volver al enfrentamiento civil, expresar la oposición o asentimiento a la forma en la que se estaba institucionalizando el Estado revolucionario; también una maniobra de distracción de los problemas que acuciaban al joven Estado. Indirectamente, mejoró sustancialmente la imagen interna del Régimen, demostrando a los propios mexicanos los logros de la Revolución y permitiéndoles sentirse orgullosos de lo conseguido en una etapa especialmente dura en lo social y económico. Cara a los propios mexicanos el gobierno se mostraba orgulloso de acudir a la solicitud de ayuda, como un hijo fortalecido, de su madre implorante.

<sup>13</sup> URANGA, Emilio, *Análisis del ser mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1952, p. 49.

nacionalidad. A la altura de la independencia la nacionalidad mexicana no estaba aún configurada. Si tenemos en cuenta que para constituirse en nueva nacionalidad se había de romper con la situación anterior, que no era otra que la dependencia de España, no era de extrañar que tanto ella como sus habitantes viesan su imagen degradada. En este sentido, era explicable el rechazo a la herencia española e incluso la satanización de lo español por parte de esa nueva nación. El antiespañolismo que los textos escolares transmitían como ingrediente del nacionalismo mexicano cumplía una doble función: cara al interior actuaba como elemento integrador, cara al exterior como elemento diferenciador.

No obstante, desde el primer momento de la existencia de México como Estado independiente se constata un hecho: la imagen de España en esos textos no se explica solamente por ese nacionalismo, sino también por la lucha entre dos ideologías con formas diferentes de entender la nación: una indigenista, hispanófoba, antinorteamericana y laica; y otra hispanófila, católica y radicalmente antiyanqui. Esa paridad implica la existencia de dos Méxicos y de un grave conflicto de identidad en el que la actitud hacia el pasado español del país es el protagonista.

Convivían en esos textos una imagen negativa con otra netamente positiva. En tanto que oficialmente se utilizaba el antiespañolismo como base ideológica del nuevo Estado, las fuerzas opositoras al mismo se iban a erigir en guardianes de la herencia española en México. La enseñanza de la historia en el México contemporáneo se convirtió en una continua pugna entre indigenistas e hispanistas, hispanófobos e hispanófilos, escuela oficial y escuela privada. Pero ese enfrentamiento tuvo períodos de mayor intensidad y otros más serenos. Etapas más y menos negativas para la imagen de España que, en todo caso, no tenían que ver con lo que en esos momentos eran los españoles, sino con lo que las luchas internas de México necesitaban que fueran.

La revolución de 1910 había dado nuevo brío al enfrentamiento entre el antiespañolismo oficial y el prohispanismo de las fuerzas de oposición al nuevo Régimen. La característica fundamental de ese movimiento revolucionario, base sobre la que se legitima el sistema político mexicano actual, fue un fuerte indigenismo utilizado para canalizar la lucha de clases. En esta fase se produjo una reacción generalizada contra la herencia española, por cuanto era presentada como el origen de los privilegios socioeconómicos con los que se pretendía acabar y el elemento caracterizador de las fuerzas sociales contra las que se combatía. En ese contexto, la imagen de España salió, de nuevo, perdedora en la lucha interna.

Los años veinte trajeron una nueva revisión de la historia de México, beneficiosa en este caso para la imagen de España. Fue la época del hispanismo de José Vasconcelos. Y es que el gobierno creyó necesario crear una conciencia Iberoamericana para hacer frente a la influencia de los Estados Unidos. La forma de encarar la lucha contra la intrusión norteamericana era revitalizar la herencia hispana, y eso implicaba reconciliarse con lo español y con España. Así lo expresaba el entonces presidente, Álvaro Obregón, para quien era necesario: "Mediante la vuelta a la tradición española, revivir el parentesco con los demás países del habla hispana y hacer del iberoamericanismo una especie de patriotismo mayor"<sup>14</sup>.

En torno a 1932 esa reconciliación con lo español sufrió un nuevo revés. Los enfrentamientos Iglesia-Estado y las que fueron denominadas "guerras de los cristeros"

---

<sup>14</sup> Citado por VÁZQUEZ, J. Z., *Nacionalismo y educación en México*, COLMEX, 1975, p. 159.

hicieron que, en un país donde se identificaba de forma indisoluble Iglesia Católica con España y lo español, el antiespañolismo oficial volviese a vivir una etapa de esplendor. Los textos conservadores, por su parte, cuanto más en minoría quedaban ante las fuerzas del Estado mexicano nacido de la Revolución, más agudizaban su principal instrumento de oposición, es decir, su hispanofilia.

Los años cuarenta volvieron a traer una lectura menos beligerante de lo español a los textos mexicanos. De nuevo fueron circunstancias internas las que determinaron la transformación de la imagen de España y no lo que pudiese ocurrir en ella. Varios factores determinaron el cambio: la moderación demostrada por la Iglesia mexicana ante la expropiación petrolera de Lázaro Cárdenas; la crisis internacional provocada por la Guerra Mundial, que exigía la unidad nacional por encima de la lucha de clases; el cansancio de los extremismos que en la etapa anterior habían llenado las páginas de los manuales tanto conservadores como oficiales; y, en último lugar pero de enorme relevancia para la imagen futura de España en México, la llegada de los refugiados españoles.

Sin embargo los refugiados hubieron de luchar no solo con las imágenes del pasado, también con el tópico del gachupín. El concepto de gachupín, utilizado por los mexicanos desde la Revolución para referirse a los españoles y por los refugiados para referirse a la Colonia de emigrantes económicos, establece una distancia social y cultural insalvable entre México y la Colonia española. Desde lo social, el gachupín recuerda a los mexicanos a los administradores de las haciendas de la época del porfiriato, apegados al trabajo y más duros con los peones que el amo. A esa imagen de capataz, puesto que ocuparon tradicionalmente esos emigrantes españoles a su llegada a México, se une otra connotación negativa, como cazadores de dotes de familias criollas ricas que deseaban casar a sus hijas con españoles. Desde lo cultural, el mexicano culto considera gachupín al español que hizo fortuna en su país pero que, falto de educación, se comporta como un nuevo rico.

Conocido es el control que los españoles han ejercido sobre el comercio al por menor en México. La tienda de abarrotes ha sido, tradicionalmente, la casa de préstamo, a la que acudía el agricultor en demanda de crédito para sembrar o cosechar. El abarrotero fue, y es todavía en muchas provincias del país, patriarca y benefactor, según ellos mismos, usurero y ladrón a juicio de los mexicanos. No resulta extraño que se convirtiese en objetivo de las iras populares en coyunturas críticas, cuando a la bajada de los salarios se sumaba el alza de los precios, la acaparación y la especulación con los productos básicos.

El abarrotero no tenía sólo el control del comercio al por menor. Antes de que hubiese peñas de café y de librería, la casa parroquial y la tienda eran los centros de reunión y de esparcimiento de la gente culta; de los vecinos prominentes. El cura y el tendero eran los suscriptores de los periódicos y estaban enterados de la política y las finanzas. En buena medida, ellos controlaban las mentalidades y el aparato económico. La lucha contra ese control había constituido un objetivo fundamental del Estado mexicano independiente. En ocasiones éste utilizó métodos directos para acabar con el problema, como las sucesivas expulsiones de los españoles en 1827 y 1829. En otras hicieron uso de medios más sutiles como el fomento del odio hacia el español.

Todo eso creaba un clima de opinión desfavorable a la llegada de los desterrados españoles, fomentado por el México conservador y parte de la colonia española que se oponía a la llegada de sus compatriotas, temerosos de que llegaran a aquellas tierras

elementos radicales que pudiesen fortalecer a la izquierda mexicana. Por otra parte, la coyuntura también era desfavorable, pues la crisis económica en EEUU forzó el regreso de miles de inmigrantes mexicanos que vagaban por las calles del país sin apoyo público buscando empleo. Al miedo de las clases altas se sumaba el de los mexicanos que veían a los recién llegados como una competencia desleal, por el apoyo económico que les respaldaba y por el grado de formación de los mismos. En abril de 1939, días después de que Franco proclamase la victoria, y con motivo de una campaña organizada por la Confederación de Trabajadores Mexicanos para solicitar la expulsión del país de los españoles relacionados con Falange, circuló por el Estado un pasquín antiespañol editado por los excombatientes mexicanos de la Guerra Civil. La colonia de emigrantes ya estaba acostumbrada a episodios de este tipo. No obstante, en este caso la fobia era selectiva, diferenciando los gachupines de los verdaderos españoles. Cercana la llegada masiva de los refugiados se distinguen dos formas de ser español, dos Españas: la primera, identificada con los gachupines, la Falange y el régimen triunfante en la Península, objeto de repulsión; la segunda, la de los republicanos exiliados, de solidaridad:

#### **CAMBIAMOS GACHUPINES POR BUENOS ESPAÑOLES**

LA ESPAÑA NEGRA POR LA ESPAÑA LUMINOSA DE LA LIBERTAD Y EL PROGRESO

10.000 taberneros GACHUPINES por 10 catedráticos ESPAÑOLES

10.000 abarroteros GACHUPINES por 100 técnicos ESPAÑOLES

1.000 patrones feudales GACHUPINES por 100 industriales ESPAÑOLES

10.000 negreros GACHUPINES del campo por 1.000 agricultores ESPAÑOLES modernos de Valencia, Cataluña y Galicia.

Todos los GACHUPINES rentistas, dueños de garitos disimulados, traficantes de drogas, PARÁSITOS, en una palabra, por 20.000 obreros y campesinos liberales productores ESPAÑOLES

¡¡INMIGRACIÓN PERNICIOSA POR UNA INMIGRACIÓN PRÓSPERA!!

Así reivindicamos para siempre NUESTRA ESPAÑA VERDADERA<sup>15</sup>

Como se ve, no fueron los españoles los primeros en utilizar el tópico de las dos Españas para contrarrestar el rechazo de la población mexicana. Fue el gobierno de México quien lo hizo para justificar ante su opinión pública su ayuda a un país hipotéticamente no amigo.

#### **Los refugiados y la imagen de España en México.**

Conscientes de la imagen negativa de España los refugiados se empeñaron en cambiarla, en cierta medida como maniobra para hacer más sencilla su adaptación al medio convenciendo a los mexicanos de que eran distintos a los españoles merecedores de su desprecio, pero también como un compromiso de mayor alcance que enlazaba con uno de los objetivos básicos de la política exterior española hacia América durante la República. Desde Europa, Largo Caballero ya había señalado a sus correligionarios la necesidad de cambiar la imagen de España en el extranjero:

“Desgraciadamente, pasados los Pirineos, se conoce poco y mal al pueblo español.

No poco hemos contribuido los españoles a “ilustrar” esa ignorancia. Al extranjero no se le dio a conocer los valores morales, científicos, espirituales y artísticos y materiales de la

---

<sup>15</sup> El pasquín, ampliamente difundido, aparece publicado en el número Extra del diario *El Popular*, 4-4-1939, p. 4.

nación. Sólo se le ha enseñado lo pintoresco y lo frívolo. Un tanto por ciento muy elevado de extranjeros cree, honradamente, porque no se le ha enseñado otra cosa, que España es el país de la pandereta, la guitarra, la castañuela, los toros, los haraganes que pasan la vida tomando el sol a la puerta de su casa. Muchos lo juzgan como un país situado no al sur de Europa, sino al principio de Africa. Importante labor patriótica será la de propagar a los cuatro vientos sus méritos y valores hasta ahora silenciados por una modestia inexplicable con la cual se le han ocasionado enormes daños morales y materiales”<sup>16</sup>.

A la cabeza del exilio mexicano Indalecio Prieto consideraba esa labor uno de los deberes históricos del exilio:

“...nuestro papel es muy simple y muy complejo. Consiste en levantar aquí nuestro prestigio, en aumentar nuestro crédito, en robustecer nuestra dignidad, fundiéndonos, con cuerpo y alma, en estos pueblos hermanos”<sup>17</sup>.

Para ello, habrían de luchar contra prejuicios antiespañoles y contra el temor que entre la población mexicana había despertado la nueva llegada de un importante contingente de españoles:

“...no traemos, no podemos traer otro afán que el contribuir a vuestro engrandecimiento. Desechad el supuesto, tan superficial como injusto, de que nosotros, o parte considerable de nosotros, tenemos ideales, sustentamos credos y abrigamos convicciones que pueden ser dañosos, ni siquiera molestos, para las instituciones democráticas de México. Desechadlo y deseched también el reconcomio que pueda subsistir entre vosotros respecto al ansia de dominio de los españoles”<sup>18</sup>.

Los exiliados no intentaron demostrar a México la falsedad de los estereotipos, sino convencer a la opinión pública mexicana de la existencia de dos Españas enfrentadas. La colonia de emigrantes económicos encarnaba la España imperial, heredera de esa imagen negativa; pero ellos no eran ese tipo de españoles. Los refugiados representaban la España liberal, la verdadera España hermana de México. Enfrentados públicamente a sus compatriotas, intentaron demostrar que el talante de la España republicana era distinto al de la colonia de emigrantes. De esa manera pretendían reconciliar a México con la verdadera España y con el hispanismo republicano. El enfrentamiento entre los dos grupos de españoles radicados en México durante el franquismo partió de una evidente disparidad de posturas profranco y contra Franco”;

<sup>16</sup> Largo Caballero, *Carta a los trabajadores*, Berlín, 1 de agosto de 1945. Folleto publicado por UGT de Toulouse, 1972, p. 7.

<sup>17</sup> PRIETO, Indalecio, *Discursos en América con el pensamiento puesto en España 1939-44*, tomo I, Madrid: Fundación Indalecio Prieto, p. 161.

<sup>18</sup> Ib. p. 64.

<sup>19</sup> La Colonia se identificó con la España Imperial, tradicional y católica de Franco. A lo largo de estos años, a través de los boletines de sus centros regionales y, a partir de 1973, desde el periódico *España al día*, va a congratularse con el éxito económico del franquismo. Asumiendo la existencia de dos Españas pretenden, a través de ese periódico, dar a conocer en México la verdadera: la que crece en la Península muy alejada de los sueños republicanos.

pero fueron los refugiados quienes explotaron esa imposibilidad de reconciliación como medio para cambiar la imagen de España en México.

Sin embargo, la realidad era otra. Bien formado en general, con los fondos del SERE y de la JARE, el apoyo directo o indirecto de la Honorable Colonia y del Estado mexicano, el exilio consiguió, pronto, ascender económicamente. En ese proceso, inevitablemente

“llegó un momento en que, claro, para mi estaba claro que la actividad mía política era artificial, para mi era claro que esta...y que estaba adquiriendo además unos vicios propios de un hombre, eh sí, eh, si, de un hombre que estaba abandonando sus impulsos, porque yo también, lógicamente, he incurrido en toda serie de, de deformaciones, no, no las he podido evitar...Pues deformaciones que, que te lleva la propia vida, cuando en la vida no tienes ya dificultades económicas...”<sup>20</sup>

Esa realidad establece una íntima contradicción entre las ideas políticas que provocaron el exilio y la situación en que el refugiado vive.

Mas, a pesar de la progresiva gachupinización del exilio, el refugiado nunca olvida su condición. Los menos porque permanecen activos en su lucha contra el régimen de Franco hasta el final de sus vidas, los más por otros motivos, entre ellos porque permitió asumir un rol cultural y moralmente superior a sus compatriotas. El exiliado se siente mejor que el inmigrante económico y que el propio mexicano.

Cabría preguntarse hasta qué punto los mexicanos aceptaron la diferenciación que el exilio se empeñó en hacer entre las dos Españas en México. Aunque en menor medida de lo que apuntan los propios exiliados, parece evidente que el mexicano aceptó distinguir entre gachupín y refugiado en los primeros momentos; gracias, en parte, al apoyo de un gobierno que pretendía justificar así lo que parecía una modificación sustancial del antiespañolismo oficial:

“Nosotros, México, los mexicanos, hemos vivido en un contacto entrañable con la España republicana...son nuestra verdadera relación con la Madre Patria. Por eso el mexicano inventó la división precisa de ‘hay españoles y hay gachupines’, los primeros son los refugiados, claro está, los segundos : Esos abarroteros (profesión a la cual se le falta al respeto por ser almacigo, ella y el mostrador, de monárquicos y ridículos franquistas, sin conocer España siquiera) que sueñan con casar a sus hijos con gente ‘de allá’ para que no se mezclen con ‘gente de aquí’, y que creen aún en una conquista reciente y frecuentan el apoliticismo al grado de no saber siquiera pronunciar bien el apellido de mi Presidente Echeverría”<sup>21</sup>.

Por otra parte, el mexicano informado, con un nivel de enseñanza superior, que se había educado y había leído a los refugiados, reconocía esa doble España y se identificaba con la España de aquéllos, haciendo suya la causa:

“La España que amo, no es sino la de aquellos que nos enseñaron hablándonos de Cervantes, de Fray Luis de León y de Santa Teresa y Unamuno, de Galdós; mientras los gachupines hablaban de la verbena, la Covadonga, el toro y el Rey. Los refugiados se

<sup>20</sup> Entrevista a Ángel Palerm, Archivo Oral del Exilio, Archivo de la Guerra Civil, PHO/10/35, p. 65.

<sup>21</sup> MENDOZA, M. Luisa, "La República mexicana y la española", *El Sol de Puebla*, 3-10-1975, p. 2.

mezclaban con la gente de aquí, los gachupines se la traían de allá, para preservar una cascada pandereta y una caduca, intolerante religión de aldea”<sup>22</sup>.

No obstante, conforme los exilados ascienden económicamente el pueblo deja de hacer esa diferenciación. El español en el México de la Transición es solamente el gachupín.

Con todo el exilio siempre intentó dejar constancia de que los emigrantes fueron a México a «hacer las américas», mientras que ellos presumían de haber llegado a trabajar para aquel país. Ellos fueron a dar y no a llevarse, a integrarse con sus familias. El punto culminante de esa argumentación era la afirmación de que se sentían tan mexicanos como españoles, que en América habían encontrado la esencia de España, que se sentían transterrados y no desterrados. Para superar el antiespañolismo descargaron sobre la otra España todos los estereotipos negativos vigentes en México. De esa manera pretendían reconciliar a la España del pasado republicano y del futuro, republicano también, con su país de residencia.

### **Mito y realidad del transtierro**

De igual manera que el exilio reivindica a los españoles y a España, defiende su propio concepto de Hispanidad. Entre las muchas acepciones del término había una especialmente inaceptable para México, la que podía entenderse como comunidad de naciones en la que España ejercía su hegemonía. Ese sentido tenía, según el exilio, la hispanidad franquista y la de la emigración económica<sup>23</sup>. No se trataba más que de la actualización de una idea imperialista, adaptada a la realidad de la independencia de las antiguas colonias, que abogaba por la restauración de un imperio espiritual y cultural con España como cabeza, para volver a ocupar el lugar que le pertenecía en el mundo. Por contra, ellos defienden la validez de ese concepto, pero entendido de otra manera: una comunidad hispánica nueva, un conjunto de países unidos en estado de igualdad, en un proyecto social de libertad y de justicia. Nuestra Hispanidad, afirmaba Climent:

“...es la de Riego, que sublevó en las Cabezas a las expediciones que venían a combatir las libertades americanas; es la de Prim, que se niega a intervenir en México a favor de la invasión francesa; la de Pi Margall, defendiendo la autonomía de Cuba para mantener sus lazos espirituales con España...”<sup>24</sup>.

A los ojos del exilio, ese concepto implicaba la pertenencia a una misma comunidad de origen y de destino. Lo que sólo se realizó gracias a la labor de sus

<sup>22</sup> MENDOZA, M. Luisa, “La emigración española”, *El Sol de México*, 19-2-1980, p. 4.

<sup>23</sup> La Hispanidad franquista se identificaba en México con la falangista. ¿Pero, realmente Franco conservaba la idea falangista de Imperio? A decir verdad, no parecía que la idea de Hispanidad franquista fuese mucho más allá de la unidad cultural y espiritual de los refugiados. Por otra parte, la cuestión americana no fue una preocupación básica para Franco. Como en todo, la astucia del Caudillo utilizó la baza hispánica en los años 40 para olvidarla después. A través del Instituto de Cultura Hispánica, Franco se atrajo el favor de la Hispanoamérica tradicionalista y católica en los organismos internacionales y su apoyo económico. En los 60 abandonó la política hispanoamericana para apostar por el Mercado Común y Europa.

<sup>24</sup> CLIMENT, Juan Bautista, “Sobre el día de la raza”, *Boletín del Centro Republicano Español*, nº 70, septiembre de 1982.

intelectuales. Llegados a América, éstos continuaron planteándose el tema de la esencia de España. Pero esa búsqueda la tuvieron que hacer desde una nueva realidad geográfica, su presencia en América. Al lanzarse a esa tarea se dieron cuenta de que podían hacerlo desde lo que quedaba de español en esas tierras. Su actividad se centró en descubrir lo que de diferente tenía México con España, para descubrir después lo que de común tenía con ella. En ese proceso intelectual descubrieron que la esencia de «su España» que entienden liberal, existía en América ya realizada, gracias al triunfo de los movimientos de independencia. Esa España verdadera, que habría de ser la última de las colonias de la «España Eterna e Imperial» en independizarse de sí misma, era ya una realidad en América. Descubrieron entonces, a través de la búsqueda del sentido de la identidad española que era también americana, que formaban parte de una sola patria; una comunidad con un pasado común y un proyecto de futuro común también; con una misma lengua e idéntica forma de comportarse en el mundo. España y México, eran "una doble patria una", según José Gaos; por eso no se sentían desterrados sino transterrados, en distinta tierra pero en la misma patria.

Sin fecha fija, el refugiado se acostumbra a vivir con «lo español de España en lo español de México, modificándolo con lo no español de México», para dar como resultado un hombre que no es ni español ni mexicano, un mestizo cultural; el primer hombre hispanoamericano. Esa es la esencia del transterrado que se siente en México en su casa porque México y España comparten su esencia: lo español.<sup>25</sup>

El término *transterrado*, de enorme éxito posterior, fue un neologismo utilizado por José Gaos en la década de los cuarenta para describir su situación en México. Partía de la idea de que los dos países compartían no sólo lengua y cultura sino también la misma historia. En México había triunfado la revolución, ilustrada, liberal, democrática que en España, última colonia en independizarse de sí misma, había fracasado. Dado lo cual no podía sentirse desterrado sino trasladado, trasplantado de una tierra a otra de la misma patria del mismo proyecto, de los mismos valores, trasladado desde "patria de origen a la de destino". La íntima fusión que implicaba el término suponía el acercamiento máximo entre los dos países y, lógicamente, la mejora definitiva de la imagen de España en México. Un término parecido, *conterrado*, fue utilizado por Juan Ramón Jiménez, para explicar el sentimiento subjetivo de sentirse en otra tierra de la misma patria que es la lengua.

No obstante, el exiliado no siempre consiguió sentirse transterrado. Un discípulo de Gaos, Adolfo Sánchez Vázquez, matiza el concepto de su maestro por impreciso y por incierto. Niega, en primer lugar, que la esperanza del exilio estuviese realizada en una América dependiente económicamente de EEUU y con regímenes auténticamente

<sup>25</sup> El concepto de *transterrado*, nació en los años 50 de la mente de José Gaos y fue adoptado rápidamente por el exilio. Según el mismo, el exiliado no se podía sentir extranjero en México, porque compartía con él su cultura y su visión del mundo. Se sentía trasladado en el espacio, no desterrado sino conterrado, en otra tierra que formaba parte de la misma patria: la hispánica. Pero el concepto implicaba más; se basaba en la creencia en que la esencia del hombre eran sus ideas. La esencia del exiliado y de la España verdadera era la libertad. Por ello, no podía sentirse desterrado en un país cuya identidad como nación se configuró en un movimiento de independencia cuyas bases fueron claramente liberales. La esencia de la España verdadera, la libertad, estaba en México ya realizada. Por eso no se sentía desterrado sino transterrado en México. Por eso también, no podía volver a una España en la que la libertad estaba exiliada, en la que no se respetaba su esencia como hombre: su libertad. GAOS José, "La adaptación del español a la sociedad hispanoamericana", *Revista de Occidente*, nº 38, mayo de 196, p. 177.

democráticos, ni siquiera en México. Pero, sobre todo, afirma que el exiliado en muy pocas ocasiones se sintió realmente transterrado. Tal vez aprendió a vivir en México, pero no con lo mexicano sino con lo que de español conservaba aquel país; en realidad la integración plena nunca se consiguió. Y es que el desterrado:

“sin raíz, sin centro en la tierra de acogida, valora no lo hallado, sino lo perdido, no el presente sino el pasado, vive transitoriamente, entre la nostalgia del pasado y la obsesión por el retorno. Esa fijación por el pasado, recreado y soñado le impide ver la tierra en la que pisa y entender la evolución de la suya idealizada”<sup>26</sup>.

Otro insigne miembro del exilio, Eduardo Nicol, manifiesta en 1989 en ese sentido:

“...no somos transterrados, esta es en sí una palabra inocente que un día se le ocurrió a un buen señor y por alguna razón a los mexicanos les ha hecho gracia y han empezado unánimemente a llamarnos transterrados. Sin embargo creo que es una forma infiel para designar los emigrados, que es la palabra noble y verídica. Lo de los transterrados no es que sea innoble pero, es falso; porque transterradas son las plantas que pueden vivir en una tierra ajena a aquella donde por primer vez brotaron. Sin embargo, lo hombres, si tienen algún amor no son transterrados porque la tierra no se cambia; se adopta como en mi caso otra tierra...Pero una cosa es amar lo ajeno y otra, muy distinta, considerarlo propio”<sup>27</sup>.

A pesar de las voces discordantes el término tiene éxito porque definía bien un sentimiento subjetivo del que fueron partícipes muchos refugiados. Con ellos, señalaba Juan Antonio Ortega Medina, "aparece el sentimiento de la unidad del mundo hispánico después de haber vivido la América española que no es lo mismo que saber la América española".<sup>28</sup> En ellos se pasó de "conocer América" a "vivir América", con todo lo que ello conllevaba de convivencia real entre españoles y americanos. En ese encuentro, se dieron cuenta que pertenecían a una misma patria, que sobrepasaba los límites geográficos. Sobre ese reconocimiento, se podrían de poner las bases para las futuras relaciones entre España y América y para dar un impulso al concepto de Hispanidad. Además, de ese reencuentro no sólo partió un nuevo mestizaje cultural, si no también un mestizaje biológico que se materializa en la tercera generación del exilio. En estos niños se hizo realidad tangible el reencuentro del que los exiliados hablaban, esareconciliación que, una vez perdida la influencia política, daba sentido a su destierro.

No obstante, a la hora de hablar de ese reencuentro que facilitaría una sustancial mejora de la imagen de España en México, de la que el exilio se siente principal artífice, convendría hacer algunas matizaciones. No cabe duda que en niveles culturalmente altos de la sociedad azteca la afirmación de José Luis Abellán, según el cual la principal aportación del exilio, toda vez que su influencia en la política española ofreció un balance negativo, fue la del redescubrimiento y reencuentro entre la realidad americana y la

<sup>26</sup> Según él, el exiliado no es un conterrado ni un trasladado de tierra. El exiliado no es más que un desterrado. Sólo será México su tierra, tras un duro proceso por el que llegará a compartir sus esperanzas y sufrimientos con los mexicanos, pero no como un don que se adquiere de forma inmediata a su llegada por el simple hecho de ser hispano. Por el contrario, aunque se integre totalmente, su existencia "nunca dejará de estar en vilo": *Del exilio en México: Recuerdos y Reflexiones*, México, Grijalbo, 1990, p. 84.

<sup>27</sup> GÓMEZ MIGUEL, Raúl, "Don Eduardo Nicol", *Revista de revistas, México y la diáspora española III*, 23-6-1989, p. 35.

<sup>28</sup> ORTEGA MEDINA, Juan Antonio, "Historia", *El exilio español en México*, México, FCE 1983, p. 239.

española del que son protagonistas, es cierta. Reencuentro que derivó en un cambio de imagen, que puede quedar perfectamente reflejado en estas palabras de Carmen de la Fuente:

“Los mexicanos de la generación posterior a la revolución de 1910, en razón de los programas vigentes acerca de la Historia de México, salimos de la escuela primaria, allá por los años treinta, con una visión terrorífica de la conquista y por tanto con un rencor acendrado hacia España, la España de Cortés, demoledora de antiguas culturas, cruel y ávida de riquezas. El otro lado de la medalla correspondía a la obra humanista de los misioneros..., pero esa imagen palidecía, se borraba ante las huellas de la esclavitud y el recuerdo del tormento de Cuauhtemoc, Rey de México. Fue la catástrofe de la Guerra Civil española, la emigración republicana después, los acontecimientos que nos hicieron discernir entre una España y la otra; los mexicanos nos reencontramos con la raíz patria no aceptada y al encontrarla, la amamos en razón de su dignidad, de su condición trágica de Quijote en el destierro”<sup>29</sup>.

Sin embargo, el mexicano de a pie piensa que se ha dado excesiva importancia al papel desempeñado por los exiliados en el desarrollo de México. Desde un nacionalismo de raíces profundamente antiespañolas, el pueblo observa con recelo a los apologistas de los refugiados, acusándolos de caer en el paternalismo de creer que su país necesitaba de la llegada regular de una remesa de españoles para poder desarrollarse; lo que suponía reconocer la superioridad hispana. Es cierto que trajeron consigo avances técnicos y culturales; que trabajaron para el desarrollo de México; que abrieron empresas y dieron trabajo a muchos mexicanos, pero, como llega a reconocer algún exiliado,

“... todo ello requiere un espíritu empresarial y, con todos los respetos, en el momento en que se explota el trabajo ajeno, ya sea con el signo político que se tenga en secreto, o si no, un poco en público, a mi me parece que no está en condiciones de asimilarse a un país, de comprenderlo y de comprender el propio...”<sup>30</sup>.

En definitiva, el exilio se había enriquecido a costa de México; por eso no se diferenciaba de los gachupines:

“En el orden de las creencias comunes, la presencia española en México después de su guerra civil ha sido enojosa. El ‘gachupín’ ha calificado, indebidamente, el contacto común de los mexicanos con los españoles. En las finanzas, en el mercado de bienes- las cervezas y los muebles domésticos son los productos y su venta que ‘hablan’ de los españoles en México- los emigrantes hispanos han marcado rapazmente al espíritu español.... Seguramente la riqueza de la inteligencia y la sensibilidad de estos -refugiados- no perecerá y será fecunda. Pero el saqueo de los gachupines avecindados aquí ha sido atro, causante de muertes e injusticias graves...”<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> DE LA FUENTE, Carmen, "España rescatada", *Boletín del Centro republicano Español*, n° 59, noviembre de 1981, pp. 2-3.

<sup>30</sup> Entrevista a Manuel Andújar, Archivo Guerra Civil, Archivo Oral del Exilio, PHO/ 10/Esp., p. 85.

<sup>31</sup> LÓPEZ NARVÁEZ, Froylán M., "Nueva relación con España", *Proceso*. 10-10-1977, p. 33.

## Valoración

Para finalizar quisiera señalar que el exilio no sólo permitió la difusión de un nuevo hispanismo, diametralmente distinto al de Franco con el que los mexicanos tendrían menos dificultades en identificarse, el de Luis Vives, el de don Quijote, el de Machado, sino que consiguió que los mexicanos hiciesen propia su imagen de España, comulgasen con ella hasta el punto de determinar su visión de la guerra, del franquismo y sus expectativas respecto a la Transición política.

Tal vez por su número se pueda poner en duda su capacidad de influencia en una sociedad de 80 millones de habitantes. Sin embargo, es así. Su prestigio en los ambientes políticos, económicos y culturales, su magisterio en todos los niveles de la enseñanza, su control sobre las principales editoriales del país, etc. les otorgan un poder que en absoluto corresponde a su realidad cuantitativa.

Básicamente, no se trata de que los españoles controlasen los medios de comunicación, a través de los cuales llegaba la información sobre España a aquel país, sino de que los líderes de opinión en el México de entonces se habían formado al amparo de una parte de ellos:

“Lo que ha ocurrido es que los refugiados o transterrados republicanos españoles nos hicieron o modelaron de tal manera que, España, se nos ha hecho circunstancial, propia, cosa de todos los días. En una palabra los refugiados nos hicieron comulgar con una España que sería exagerado llamar ‘eterna’, pero que no lo sería llamar constante, permanente, nada ajena o exótica.. Y quiero que la diferencia resalte con entera brusquedad. La España que nos han tatuado en la carne los españoles de la República es muy diferente a la de las romerías de Covadonga, al Club España, al Casino y a la Colonia española....Esta no la catamos en verbenas o en holgorios sino en las cátedras universitarias, en los hogares de los transterrados, tan padres nuestros como los naturales. Y aún más. ...mas que descubrimos sin tapujos a la España eterna nos hicieron forjar otra, de los pies a la cabeza; la España ‘de ellos’. No precisamente la que habían dejado por efecto de una guerra, sino la que habían soñado hasta que una guerra los despertó...”<sup>32</sup>.

Resulta muy fácil encontrar en México ejemplos como el de Andrés Iduarte, quien se niega a regresar a España en vida de Franco, Leopoldo Zea al que le ocurre lo mismo<sup>33</sup>, o Luisa Mendoza, que arremete duramente contra sus compatriotas: "turistas regalones, los de Cuchilleros, la manzanilla, los chorizos, la fiesta brava, el canto hondo, esos que dicen que en la España de hoy todo es alegría y no se ve por ningún lado el fascismo tan mentado", comulgando con el exilio hasta el punto de afirmar que su sueño es "ir a España liberada, ilusión de los hombres libres, sueño de la media noche de los refugiados míos que yo conozco"<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> URANGA, Emilio, "Nostalgia de México", *Novedades*, 31-3-1977, p.4.

<sup>33</sup> Colaborador habitual de *El Nacional* que, como muchos de su generación, estudió en la Universidad Central de Madrid durante la República, haciéndose cargo de la sección Iberoamericana del Ateneo madrileño, de la secretaria de la Federación Universitaria Hispanoamericana y, ya en la guerra, participando en la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

<sup>34</sup> MENDOZA, M. Luisa, "El sueño del retorno a España", *El Sol de México*, 28-10-1975, p. 2.

El testimonio del escritor Luis Rubluo es representativo del sentir de periodistas, escritores, maestros, actores, etc... de México. Con motivo de la celebración del cincuentenario de la llegada de los refugiados el escritor recuerda para una revista la presencia del exilio en cada una de las fases de su formación intelectual. Como todos los niños mexicanos, pasó la infancia con los relatos publicados por Antonorobles. Con sus cuentos infantiles, Robles hizo más por la transformación de la imagen de España en México que todos sus compañeros, porque llegó a muchos mexicanos que no accedieron a la segunda enseñanza y lo hizo, además, en los momentos en que el niño interioriza las actitudes e imágenes fundamentales para su visión del mundo. Cuando los cuentos infantiles tradicionales estaban repletos de visiones muy negativas de los españoles y de España, Robles consiguió, en palabras de Rubluo: "armonizar tendencias, algunas de las cuales seguramente necesitaban de semejante proceso, para superar malos conceptos de antaño, arrancados desde los siglos de la conquista"<sup>35</sup>.

En ese recorrido vital el escritor se refiere después a su contacto con el exilio en su juventud, gracias a la lectura de sus obras y a la relación directa con el grupo en las aulas universitarias. Luis Ríus fue su profesor de filología y fonética en la facultad de Filosofía y letras de la UNAM; Amancio Bolaño le ofreció, además de amistad, unas magníficas clases de historia de la lengua castellana; Juan Antonio Ortega y Medina "a quién mi generación - sobre todo los historiadores- deben en cierto modo una disciplina para discurrir justamente asuntos históricos, con un sentido al mismo tiempo riguroso, pero claro", fue su profesor de historia. Recuerda también la sabiduría y ternura de Rafael Pina Milán, profesor de derecho procesal civil y al penalista Mariano Jiménez Huerta, denominado por el alumnado suspendido el "bandido de Sierra Morena" por su origen andaluz evidente en su habla. Finalmente, el sociólogo Juan Pablo García Álvarez no fue su maestro en las aulas. Sin embargo, desde una noche en que lo oyó dictar un discurso en la Academia Nacional de Historia y Geografía, se convirtió en su maestro en la vida. Rubluo veía en él "la encarnación de la España amada y admirada; la España de mi alma". El escritor termina el artículo afirmando que esos maestros y otros que no le dieron clase ejercieron un papel fundamental en la formación intelectual y humana de generaciones de jóvenes mexicanos. En todos ellos se apreciaba, junto a la sabiduría y la alta calidad de su trabajo, "la rectitud de sus principios, con los que siempre encontré plena identificación"<sup>36</sup>. Estas reflexiones son sólo un ejemplo que podían corroborar muchos mexicanos. El propio presidente López Portillo presumió siempre de sentirse hijo intelectual del abogado Manuel Pedroso.

Carlos Fuentes reconoce haber sentido una especial fascinación por el exilio español, como todos los jóvenes de su generación y acepta en el prólogo de *Cervantes o la crítica de la Lectura* que dejaron hueco a una tópica imagen de España identificada con los murales de Diego Rivera, que presentan al español como vicioso y conquistador o

---

<sup>35</sup> RUBLUO, Luis, "Mis maestros españoles", *Revista de revistas*, nº 4141, 9-6-1989, p. 44. Desconocido para los españoles, Antonorobles era el seudónimo de Antonio Robles Soler, un escritor y periodista madrileño que vivió en México entre 1939 y 1970, año en que vuelve a residir en España. Se especializó en literatura infantil, fue profesor de esa materia en la Escuela Normal de maestros y en la Normal Oral de México. Su personaje el rompetacones, que él mismo ilustraba en sus relatos, es todo un clásico de la literatura infantil mexicana. Entre sus obras más conocidas están: *Aleluyas de rompetacones*; *Cien cuentos y una novela*; *Historia de azulita y rompetacones*; *El niño de la naranja*; *Albéniz, genio de Iberia*; *Granados*; *Un poeta con dos ruedas*.

<sup>36</sup> *Ib.*, p. 45.

emigrante económico tendero de boina vasca, para dotarla de un nuevo significado que el exilio dio al concepto de hispanidad.

Octavio Paz reconoce que el exilio le enseñó la "sustancia de España". De acuerdo con el escritor, todo lo español se resumía en dos personajes galdosianos: Garrote y Monsalud. Uno y otro son dos medio hermanos; uno es hijo ilegítimo de un señor de provincias, el otro su legítimo heredero

“El legítimo, Carlos Garrote, es un hombre leal, apasionado, violento, fanático, conservador, tradicionalista y termina en guerrillero carlista. Salvador Monsalud, el bastardo, es un muchacho que vive mucho tiempo fuera de España, el eterno desterrado. Es un afrancesado, un liberal y representa el sueño de una España liberal y democrática. Garrote odia a Monsalud y lo persigue y lo humilla. Pero Garrote está fascinado por su medio hermano y en su odio hay admiración. Lo mismo ocurre a Monsalud y es Monsalud el que cuida a Garrote cuando este enloquece y muere como en Don Quijote - al revés - y sin recobrar el seso”<sup>37</sup>.

Pero Garrote y Monsalud no eran sólo la esencia de la historia de España, también de la de México, de la historia individual de cada mexicano, pero, sobre todo, de la de las relaciones entre México y España. En este sentido, Paz afirma que el gran pecado del liberalismo mexicano y de los revolucionarios herederos de aquél había sido la negación de España:

“El Salvador Monsalud mexicano, es decir el liberal, se ha portado como Carlos Garrote...Desde la época del Porfiriato hasta ahora, se ha excluido de modo sistemático a los vencidos...Los vencidos fueron los conservadores y ellos representan entre nosotros la tradición hispánica- o cierta tradición. También se ha negado a la Nueva España, que llamamos tontamente colonial. Pues bien, yo creo que para reconciliarnos con nosotros mismos, tenemos que recobrar la España que llevamos dentro”<sup>38</sup>.

El exilio le permitió recuperarla, y con ella la mitad de su propia identidad mexicana.

---

<sup>37</sup> TAJONAR, Héctor, “Con Octavio Paz y España como tema”, *Siempre*, 11-5-1977, p. 30.

<sup>38</sup> *Ib.*, p. 34.